

Alejandro Manzoni, en su inmortal obra «El cinco de mayo», día en que, en el año 1821, murió, en Santa Elena, Napoleón «el Grande», nos habla del cúmulo de las memorias que bajaban sobre el alma de Bonaparte como sobre la cabeza del naufrago se revuelven y pesan las olas. El dios caído intentó muchas veces narrarlas, narrar sus memorias, y «sobre las eternas páginas caía la cansada mano».

E sulle eterne pagine
caddè la stanca man!

Así, a nosotros se nos cae cansada la mano sobre estas páginas de nuestros comentarios, porque pensamos que el suceso, fresco y palpitante de vida, de actualidad, de hoy no será más que un lejano recuerdo mañana, y que acaso cuando estas líneas aparezcan al público, pasado mañana al atardecer, apenas tenga valor lo que en ellas digamos. Tan de prisa se vive hoy; es decir, tan de prisa se envejece. O se rejuvenece.

Envejecen hombres e ideas, tierras e instituciones. Los ministros del actual Ministerio de Su Majestad, por ejemplo, nos parecen ya, incluso los nuevos, los que lo son por vez primera, viejos, viejíssimos, decrépitos, del antiguo régimen, de un siglo pasado, del siglo que acabó de acabar en 1914: casi paleontológicos.

Todo el papel de estos decrépitos ministros se reduce a seguir protegiendo una irresponsabilidad que no tiene ya protección válida. Porque ha terminado el tiempo de los Poderes irresponsables.

La irresponsabilidad, cuando es efectiva, suele ir acompañada de la infalibilidad y de la inocencia o inocuidad. El que no responde no se equivoca, es infalible y no daña, «non nocet», es inocente. Y no se equivoca, porque no decide.

De los niños y de los locos se suele decir que dicen las verdades. Y no es así. Los niños y los locos, verdaderos irresponsables, no dicen ni las verdades ni las mentiras, sino que dicen—y, lo que es peor, hacen—niñerías y locuras. Y las niñerías y locuras están más acá de la distinción entre verdad y mentira. Y por eso responden otros por ellos.

El que responde por el irresponsable es el que se equivoca o yerra, si el irresponsable dice o comete algo equivocado o errado; pero si el irresponsable acierta, tampoco acierta él.

sino su consejero, al que por él responde. El que es legalmente infalible debe renunciar a que se le imputen aciertos.

Reinando Carlos Alberto en el pequeño Reino del Piemonte, su primer ministro, Cavour, logró, con pequeña mayoría parlamentaria y valiéndose de todo género de argucias, romper la neutralidad ante la guerra de Crimea y enviar a ella un puñado de piemonteses que pelearan al lado de franceses e ingleses contra el Imperio de Rusia. Esta osada maniobra le sirvió luego para asentar la posición internacional del Piemonte entre las potencias europeas, y fué uno de los antecedentes de la gran obra de la unidad italiana, que ahora, en nuestros días, se acaba de coronar. Pero eso, que pudo y debió hacer Cavour, no podía ni debía haberlo hecho Carlos Alberto, pues, de no salirle bien, no le quedaba sino la abdicación. Y, de todos modos, tuvo que abdicar. Y lo hizo por cierto, en España, camino de Oporto, adonde se fué a morir, desterrado.

Un rey constitucional irresponsable no puede tomar determinaciones a espaldas de sus ministros responsables y sin contar previamente con ellos, y menos en asuntos internacionales. Y ¡ay de él si encuentra complacientes cancilleres, más bien lacayos—furrielles, que dijo el otro—, que no saben oponérsele y enfrenarle y le secundan, acaso contra sus propias convicciones!

Si un rey constitucional que se tenga por avisado, por perspicaz, que crea conocer el secreto del porvenir, se sale de su irresponsabilidad e infalibilidad legales para marcar rumbos a la política internacional, y acierta, se apunta el acierto, y hasta las gentes dicen: «¡Qué hábil! ¡Qué avisado! ¡Qué bien estuvo! ¡Cómo ha acertado!» Y le perdonan, en gracia al acierto, la inconstitucionalidad, la indisciplina, la ilegalidad de su acto. Pero, ¿y si se equivoca?

Dícese que en política se perdona todo menos las equivocaciones. Aquí és-

tas son las que principalmente se perdonan. Cien veces se han equivocado, confesándolo así, los que siguen desgobernándonos. El decir y desdecirse, mentir y desmentirse, es su elemento. pero ¿y si un rey se equivoca, habiendo arrastrado a su equivocación a complacientes ministros cortesanos que o no tenían opinión propia—si acaso eran capaces de tenerla—o la supe-ditaban a los caprichos del distribuidor de jefaturas?

Si la guerra que ha terminado—para empezar aquí otra—hubiera traído el triunfo de los que han resultado vencidos, acaso viéramos un pequeño imperio de Iberia, y diríamos: «¡Qué chico tan listo! ¡Qué claro vió!» Pero las cosas han sido de otro modo.

Viendo ayer la cláusula 33 del armisticio firmado entre Alemania y los aliados y los Estados Unidos, pensábamos cuál va a ser la suerte de los barcos mercantes alemanes transferidos a España y que se quiere que naveguen bajo el pabellón de ésta, y nos decíamos: «¿De quién partió la equivocación de no incautarse, aun a riesgo de provocar un «casus belli», a su debido tiempo de esos barcos? ¿Quién fué el listo que hizo que España soportase pacientemente—aunque la palabra es otra—que se le hundieran sus barcos?»

En pleno Congreso se ha contado un caso acaecido en el cazadero de Láchar. ¿Hay algún canciller cortesano que responda de ese y de otros actos que sin contar previamente con él, se llevaron a cabo?

El que, debiendo hacerlo, no sepa mantener en su irresponsabilidad a los irresponsables, debe sacarlos de casa. Y no es verdad lo de que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

Miguel de Unamuno

